

y tantos. En esto hay indudablemente un claro parentesco literario entre Waldo Urzúa y don Alberto Blest Gana: el tono de la obra de Urzúa recuerda a cada paso al autor de *Martín Rivas*.

Hay también en esta acuarela costumbrista de Urzúa un afán de satirizar las costumbres y los prejuicios que no siempre es feliz. La sátira se pierde por falta de ingenio o porque el autor toma demasiado en serio las frases que a propósito de la sordidez del medio —inculto, presumido, aprovechador— emplea en su obra.

Esas niñas Ugarte... son los arquetipos de esa clase media que, afortunada en lo económico, pretende, venida desde la oscuridad provinciana, poner casa en Santiago para relacionarse. Repetimos que la sátira de Urzúa —por tornarse demasiado seria— pierde su carácter de tal y se hace dura y pesada. Pero el cuadro costumbrista impresiona favorablemente al lector que aprecia en su pintura las condiciones estilísticas de Waldo Urzúa que —ya lo hemos dicho— con natural soltura trenza sus frases y hace de ellas una fina malla que aprisiona al lector. Y éste, encantado, se deja aprisionar.

Vale la pena leer estas páginas. Si hay en la obra defectos —y aquí hemos señalado más de uno— hay también auténticas calidades; calidades que hacen de Waldo Urzúa un autor cuyo nombre debe ser más repetido y comentado en el círculo amplio de los que —atentos— siguen el desenvolvimiento de la literatura chilena.—
Mario Céspedes.

<https://doi.org/10.29393/At348-106SLJM10126>



“SINFONÍA DEL LÍMITE”, del doctor *Hugo Lindo*

He aquí un libro extraordinario, en que lo esotérico y abstracto se combinan y confunden de manera verdaderamente perfecta con la melodía del verso y con la sobria riqueza del idioma manejado con la soltura y elegancia de quien es, con toda justicia, Académico de la Lengua en su patria centroamericana. El poeta no es un primerizo de las letras: su obra anterior, vasta y prolija, fuertemente influenciada por los místicos españoles y por el romancero,

le dió tempranamente un sitio en las antologías hispanoamericanas. Pero, súbitamente, Hugo Lindo hace un viraje, sufre una de esas mutaciones espirituales sorprendidas que dejan atónitos a los críticos desprevenidos, mutaciones comparables a las que los biólogos suelen describir en las especies biológicas. Sin que nadie, ni aún aquellos que lo hemos seguido en sus andanzas poéticas pudiéramos predecirlo, Hugo Lindo nos entrega una obra que nada tiene de común con su producción anterior. Una *Sinfonía del Límite*, que es obra a la vez de filosofía y de poesía químicamente puras, alquimia de una desconcertante doctrina secreta en la que las influencias orientales son visibles para el ojo que sabe descubrirlas, así como es visible el agua del profundo cauce en las raíces húmedas del árbol. Libro de un poeta cristiano que ha llegado hasta el más lejano y peligroso límite de la intuición mística y mucho más alto que lo que la razón pura permite. Por la savia de sus hojas corre algo del monismo idealista de los "Upanishads" y del universalismo mágico del "Tao Teh-King" unido a las roncadas voces del Génesis. Este libro es un canto de esperanza más que de fe y de caridad: el eterno retorno opera entre los ángeles y en medio de luces y sombras. El poeta afirma verdades secretas que pasan ante sus ojos como diminutas burbujas bajo la lente de un microscopio o como llamas azules y furtivas en el domo del cielo. Proyecta su ímpetu de creación, que es análisis y síntesis a la vez, desde la sal oceánica y plásmica de los sueros y los sueños, hasta los astros del "límite", pasando por todos los intermediarios. Bien podría servirle de epígrafe aquel verso hermético y casi intraducible del noveno "Soneto a Orfeo" de Rainer María Rilke: "Sólo el que ya también entre las sombras — alzó la lira — puede celebrar, presintiendo — la alabanza infinita". El majestuoso "Aleluya" con que el libro termina, nos hace recordar aquel "Himno a la Alegría", de Schiller, que Beethoven interpretó al final de su Novena Sinfonía: "¡Aleluya! ¡Aleluya!" exclama el poeta Hugo Lindo en la última estrofa de su libro: "Ya no hay misterio ni hay abismo — todo es milagro simplemente. — ¡El alma va con la corriente — hasta los mares de Dios mismo".—Juan Marín.